

El principio y *La Fontana*

Por estos tiempos Galdós y la escritora Emilia Pardo Bazán tornaron su relación en algo más que una amistad. Fueron compañeros de viaje y de letras. Fieles amigos emprenden esta interviú por las calles de Madrid antes de subir a su pisito de la calle de la Palma, Palm Beach como así lo llamaban en secreto y no era para menos, ambas figuras eran muy conocidas en Madrid.

La escena se presenta con una butaca de espalda al público iluminada bajo un cenital que paulatinamente irá dando la vuelta con un Galdós de gafas oscuras, ya en su madurez. Hay sombras de mujeres que permanecen como estatuas.

*Piano de cola con un pianista (éste pianista puede o no intervenir en la conversación)
El ciclorama presentará un recorrido por diferentes rutas a pie hasta esa calle. Se verán unos pies femeninos y otros masculinos caminando al unísono*

Aparece en escena doña Emilia Pardo Bazán Galdós aparece sentado en su butaca. Un cenital de luz recubre su figura

Emilia Pardo Bazán.- Mi querido Benito, tengo que hacer estas preguntas. Tengo que completar el cuestionario que me han solicitado para diversos periódicos, en concreto *Por esos mundos*, de modo que dejaremos de tutearnos para que sea...más firme, más convincente nuestro diálogo, así voy recopilando respuestas. Me gustaría que además habláramos de literatura. ¿Dónde nació usted?

Galdós.- Me parece muy bien, todo lo que salga de su inteligente cabeza. Bienenn. Nací, nací, en Las Palmas, por si a alguien le quedan dudas, ¡ah! Y diga usted que soy partidario de la división de las Canarias. Cuando yo era chico ya hubo allí jaleo por lo de la división. Es un pleito antiguo, que los Gobiernos habrán de resolver pronto y en el sentido que pide el pueblo. Si no, es muy posible que tengan que sentir...

Emilia Pardo Bazán.- ¿Qué ideas religiosas tenían sus padres?

Galdós.- Católicos, pero sin fanatismos, que allí en mi tierra no se conocen ni son posibles. Allí la influencia inglesa hace que haya una gran tolerancia. Hubo un obispo que quiso llevar allí el fanatismo de la península y no pudo conseguirlo. En cambio, el obispo que hay ahora es una gran persona. De mucho talento...muy bueno.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Qué edad tenían sus padres cuando usted nació?

Galdós.- ¡Uy!, no lo sé. Yo fui el menor de los diez hijos que tuvieron. ¡ah! Sepa usted que mi abuelo materno era secretario del Tribunal de la Santa Inquisición, existente entonces. Era de Azpeitia. Eso es muy interesante: ¡Llevo sangre de inquisidores!

Emilia Pardo Bazán.- Yo creo que en España todos la llevamos, por desgracia. ¿Dónde fue usted bautizado?

Galdós.- En la iglesia de San Francisco, que fue un convento...aguarde usted. Voy a decirle una cosa curiosa. Cuando he oído el tañido de sus campanas siempre he sentido una emoción entre triste y dulce. Su son no lo confundiría con ninguno. Lo distinguiría entre cien que tocasen a un tiempo.

Emilia Pardo Bazán.- Esta es obligatoria: ¿Dónde pasó su infancia?

Galdós.- En Las Palmas. Allí hice mis primeros estudios. La primera escuela en que estudié fue de un inglés. Allí aprendí la lengua de Shakespeare. Yo me he criado en ese medio inglés...

Emilia Pardo Bazán.- Claro. Le mimaron mucho sus padres...

Galdós.- Muchísimo, como era el menor de diez...

Emilia Pardo Bazán.- ¿Su carácter de entonces?

Galdós.- Pues como el de ahora poco más o menos, pacífico, serio...

Emilia Pardo Bazán.- ¿era usted reservado?

Galdós.- Sí, mucho, igual que ahora.

Emilia Pardo Bazán.- En efecto, sigue siéndolo, todos los madrileños lo saben. Distráido a ratos, unas veces atento, otras distraído. ¿Naturaleza?

Galdós.- Enfermiza, naturaleza regular. Me crié malucho, siempre padecía unos catarros que me podían hasta la muerte. Fui de desarrollo tardío...Aquí en Madrid fue donde me curé y donde me desarrollé muy deprisa. El clima, querida amiga, el clima.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Aprendió usted pronto a leer y a escribir?

Galdós.- Sí, ponga usted que era precoz y mi temperamento siempre muy nervioso.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Qué enseñanza prefería usted las Ciencias o las Letras?

Galdós.- Las Letras. Ponga usted que he tenido dos odios iguales: a las Matemáticas y al Derecho... también estuve en el Colegio de San Agustín, así se llamaba.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Qué entretenimientos o qué recreos eran sus predilectos?

Galdós.- La música y el dibujo.

Emilia Pardo Bazán.- Una muestra de la gracia, de la intención y de la corrección que poseía, para el arte del dibujo lo incluiré aquí en mis apuntes, en el que aparecen varios tomados de uno de sus álbum... su hermana me lo procuró don Benito.

Se proyectan algunos de los dibujos de Galdós estudiante

Emilia Pardo Bazán.- ¿Y el teatro?

Galdós.- También me gustaba mucho. Allí había un teatro muy malo y pequeño. Después lo han transformado y alguien me dijo que llevaría mi nombre. Por ahí han pasado las mejores compañías. Y lo habrá usted oído nombrar porque allí se celebran *meeting*. ¡ah! Apunte usted que el latín lo aprendí muy bien.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Y era usted curioso de niño?

Galdós.- Me parece que sí, tanto como lo soy ahora.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Qué amistades prefería usted, las de personas mayores o las de sus compañeros?

Galdós.- ¡Ptsé! Unas veces, por parecer más hombre las de los mayores, pero otras las de los chicos de mi edad.

Emilia Pardo Bazán.- Le gustaban a usted las amistades de muchachas, las buscaba usted?

Galdós.- No había mucha comunicación entre los muchachos de distinto sexo. Soy hombre de mi tiempo.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Qué amistades conserva usted de la infancia?

Galdós.- De gente que luego se ha hecho conocida. León y Castillo, el embajador de España en París. Yo, siempre que voy a Paris como en la Embajada. Con él estudié la carrera de Derecho en la Universidad de aquí...por cierto ponga usted en sus apuntes que fui un malísimo estudiante de Derecho.

Emilia Pardo Bazán.- Eso no tiene nada de particular. Los grandes hombres que han sido malos estudiantes son innumerables, Napoleón I, Grant, Linneo...Swift, el caso de Zola suspenso en Retórica. ¿Cuándo vino usted a Madrid exactamente?

Galdós.- En el 65, por aquel entonces mi hermano mayor, Ignacio, que había aprobado la carrera de militar se fue a Cuba y mi familia me mandó aquí con León y Castillo aunque éste era dos años más mayor que yo. Repito que fui un mal estudiante de Derecho. Es una profesión que me inspira una antipatía grandísima. En vez de ir a clase me iba a callejear por ahí...como ya he dicho en alguna otra parte como mis *Memorias de un desmemoriado*. Una de mis aficiones favoritas era ver el relevo de la Guardia de Palacio y a la parada militar...tuve por catedrático a Fernando de Castro, a Bardón, que era cura y asistía a la cátedra con sotana. Pero de todos el que me encantaba era Camus, el catedrático de literatura latina: a sus lecciones no faltaba.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Es verdad que Bardón tenía muy mal genio?

Galdós.- Ya lo creo... a pesar de ser eclesiástico, profesaba ideas muy avanzadas, lo que le acarreó no pocos disgustos en los que con frecuencia se dejaba llevar demasiado de su carácter. Se cuenta que en cierta ocasión, discutiendo con uno de sus rivales políticos y a la vez compañero de claustro en los pasillos de la Universidad Central, no pudo contenerse y cogiendo a su interlocutor por las piernas, pues don Lázaro era muy forzado, lo sacó por una ventana y suspendiéndole un instante en el aire le gritó: “de aquí al infierno no hay más que unos cuantos metros, que se bajan en un instante como yo le suelte a usted”.

Emilia Pardo Bazán.- ¡Qué atrocidad! Diga usted, don Benito, una pregunta: los cuentos de brujas y de apariciones y de demonios ¿qué impresión le hacían, buena o mala?

Galdós.- Me divertían...me gustaban mucho, en efecto.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Y no le daba miedo el demonio?

Galdós.- Yo no he sido miedoso nunca. Yo siempre he sido valiente. Y lo soy. Naturalmente, no soy un impulsivo ni un provocador de cuestiones. Pero soy valiente, entendiendo por ello aquel que ha superado la cobardía.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Era usted flojo o fuerte de voluntad? Esta cuestión cualquiera la podría resolver, Pérez Galdós es el gran hombre de voluntad de hierro, gran trabajador.

Galdós.- Fuerte...es decir, más que fuerte de voluntad, terco, muy terco, digno de haber nacido en Aragón.

Emilia Pardo Bazán.- Y sigue usted siéndolo...¿Mentía usted de niño?

Galdós.- No...es decir, mentirijillas de esas que la savia imaginación hace contar a los niños, sí contaba alguna vez, claro. Pero era, más por *empatar* a los que mentían delante de mí, que por gusto. Eso de contar que se han visto caballos con alas o con siete cabezas, o mariposas como sombrillas, o cosas por el estilo, esas cosas nunca he sido yo el primero en contarlas. Solo cuando oía mentir a un embustero soltaba la imaginación, pero era para burlarme.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Qué *sport* le hicieron practicar?

Galdós.- Ninguno. Iba a un gimnasio.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Era usted glotón o sobrio?

Galdós.- Sobrio, igual que ahora. He tenido temporadas en que no cenaba otra cosa que un par de huevos pasados por agua, las comidas de fonda no me han gustado nunca.

Emilia Pardo Bazán.- Ya veo que fuma usted mucho, a todas horas, constantemente. Después del desayuno y de las comidas, enciende siempre un cartucho. En el resto del día fuma cigarros puros de veinte céntimos, de los de nueva elaboración, intercalando alguna panetela ¿pitillos? Alguno que otro, muy pocos.

Es enemigo del teléfono por las molestias que da. No ha querido instalarlo nunca en su casa para poder estar tranquilo, pues de tenerlo no le dejarían vivir, llamándole constantemente. Todos los jueves por la noche van a visitar al maestro dos paisanos suyos, Ángel Guerra y Pepe Lara. Son de confianza y don Benito los recibe aun cuando esté acostado. Dos escritores jóvenes también le visitan con mucha frecuencia, Ricardo León, Luis Bello, Pedro de Répide, Macías del Real y Pérez de Ayala, cuando no se encuentra en Madrid. Gerardo Peñarrubia va todos los días tres veces al hotel, dependiente de la librería de Hernando.

Galdós.- Sí, son personas a quienes yo aprecio mucho, durante algún tiempo tuve a Peñarrubia a mi servicio en la administración de mis obras, en la calle de Hortaleza.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Era usted desprendido o no?

Galdós.- Sí.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Amigo de emperijilarse? Con respecto a su manera de vestir ya sabemos que es usted bastante despreocupado.

Galdós.- No. A mi me ha gustado siempre vestir con modestia, mejor dicho, con despreocupación y eso es una cosa secundaria que no debe interesar a la gente. Eso de tener que preocuparse de tales cosas lo he dejado para las Emilia Pardo Bazánes.

Emilia Pardo Bazán.- (*Sonriendo*) Ya, eso a pesar de que siempre aparece usted como un pincho en todos sus retratos...Por cierto, cuáles fueron sus primeras lecturas?

Galdós.- Créalo que de niño, *El Quijote* y las novelas de Fernández y González...y de Dumas.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Influyeron en su vocación?

Galdós.- Sí.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Era usted aficionado a las colecciones?

Galdós.- Sólo de una clase. De estampas. Tuve una colección muy grande y variada.

Emilia Pardo Bazán.- En la escuela era usted aficionado a cambios de objetos con sus compañeros, ¿ese pequeño comercio que hay entre escolares?

Galdós.- Sí, señor. Mi principal comercio era de estampas y cromos. Entonces no se conocían las postales.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Salía usted ganancioso en los cambios o le engañaban a usted?

Galdós.- ¡Cá! Como tenía mejor gusto que ellos, yo me llevaba siempre lo mejor, lo más artístico. Mi colección de estampas era la mejor del colegio...yo entonces me figuraba que tenía un tesoro.

Emilia Pardo Bazán.- Bueno esto lo hemos podido leer con imponente realismo en obras como *La desheredada* y el ambiente de muchachos o en *Miau*, ambos textos importantes en la disciplina de la Estampa. Entonces, don Benito, refresque mi absurda memoria, llegó usted a Madrid en el 65.

Galdós.- No me acuerdo bien, probablemente oscile uno o dos años. Lo que sí recuerdo es que en el 66 cuando la cuestión de los artilleros, estaba yo aquí...vivía en la calle del Olivo. Frente a mi casa vivió Mesonero Romanos, pero en fin, de esta relación creo que ya he hablado en otro lugar., le estoy agradecido siempre a ese gran escritor que fue., y le diré lo que pienso.

Hablemos como se suele decir de cosas agradables, presentemos a los ojos de nuestros lectores cuadros que puedan distraerles. Tratémosles como si fueran niños, contándoles historias extraordinarias y cuentos de brujería. Tratémosles como si fueran viejas, halagando sus oídos con la dulce armonía de la murmuración. Pero, ¿sabemos nosotros esas historias? ¿la chismografía madrileña nos suministrará materia para murmurar? Los cuentos que de niños nos contaron se nos han olvidado: la comidilla que hoy entretiene las parleras lenguas de la capital no nos conviene, si queremos distraer a nuestros lectores. Es por demás lúgubre y no resuena en la *Spianata* y graciosa entonación que caracteriza las murmuraciones caseras, o las habladurías de café.

Emilia Pardo Bazán.- Pues metámonos a críticos y emprendamos guerra encarnizada contra las malas comedias, las novelas soporíferas y los almanaques indigestos.

Galdós.- Pero ¿no es esta empresa superior a nuestras fuerzas? Aburriríamos a nuestros lectores con fastidiosas disertaciones de retórica mal aprendida, y al fin no lograríamos probar que hay comedias malas, novelas que producen sueño y almanaques que valen menos que los que venden los ciegos por dos cuartos. Metámonos por tanto en el terreno de la sátira y tomémosla con algunos de estos tipos especialísimos que en esta sociedad se encuentran todos los días, y sin más trabajo que dirigir la vista a los grupos de la Puerta del Sol, a los paseantes de la Castellana.

Emilia Pardo Bazán.- Estoy con usted, don Benito. Pero aunque somos excesivamente *curiosos* y excesivamente *parlantes*, no somos Mesonero Romanos, y bueno es que el ilustre académico, hábil pintor de la sociedad de 1825, permanezca solo en el dominio del género en que tanto brilla. Nosotros seríamos los más ramplones de sus imitadores, y todos estos son tan infelices,

que emborronan en abigarrada composición los mismos cuadros que aquel escritor distinguido sabe trazar con tan correctas líneas y tintas tan bellas.

Galdós.- Y a propósito de don Ramón Mesonero Romanos, ¡cuánto nos complace el encontrarle en la calle, dirigiéndose su curiosísima mirada hacia todo lo que ofrecen de notable los rincones de la villa! Él se pasea tranquilamente y se detiene de vez en cuando para observar un grupo, escudriñar una tienda o examinar una fábrica: detiéndose ante lo que llama su atención, y parece tener especial complacencia en analizar los bártulos de todo tenducho ambulante, los tipos de toda procesión, las escenas del día de parada o de visita a Atocha; una paternal sonrisa ilumina su fisonomía, que respira bondad y agudeza.

Emilia Pardo Bazán.- La sonrisa de la ironía no asoma a sus labios; examina más bien como quien busca bellezas que admirar que defectos que escarnecer; fija su mirada investigadora con toda la satisfacción del hombre de ingenio, que busca en tales escenas y en tales cuadros asunto apacible para alimentar su buen humor; aquella mirada es la que ilumina cuadros tan bellos como *La comedia casera*, *La visita de días* y otros.

Galdós.- Algo de la bondadosa y a la par burlona sonrisa de Rossini hay en la fisonomía del *Curioso parlante*, fisonomía expresiva, llena de gracia y afabilidad, eternamente serena, respirando siempre buen humor e ingeniosa travesura. Siempre que al azar encontramos al autor de las *Escenas matritenses* nos detenemos maquinalmente para mirarle: nos sorprende su modestia, su curiosidad, y todo él nos hace recordar el inmenso deleite que hemos experimentado leyendo sus encantadoras *Escenas*.

Este hombre de mediana estatura, de andar reposado, de rostro tranquilo, que anda con las manos cruzadas atrás, deteniéndose ante los escaparates de las tiendas, ante los comercios ambulantes, ante los tipos característicos, es el mismo que en épocas más literarias que la presente trazaba con dicción fácil y correcta, con intención sana y gracejo inimitable, las tumultuosas y embrolladas peripecias de las casas de huéspedes, los lances cómicos del concierto casero, el que pintaba con tanta maestría los *tipos hallados y los perdidos*; es una de las glorias de nuestra literatura y ha ocupado en el templo del arte un puesto que nadie ha osado disputarle nunca.

Emilia Pardo Bazán.- Digno rival del malogrado *Fígaro*, fue tan buen hablista, tan buen escritor, tan buen crítico como éste: la diversidad del estilo de cada uno depende de la diversidad de sus temperamentos. Ambos han enriquecido nuestra literatura, y la crítica dramática les debe tal vez la forma que hoy tiene y la elevación de criterio que ha tomado.

Galdós.- De estos dos hombres singularísimos, el uno tuvo un fin desastroso y conocido de todos; el otro vive aún y se le ve paseando en su querida ciudad; se le ve por todas partes, atisbando los adelantos materiales de la gran villa que él ama tanto. ¿No ha de amarla, si esta villa que le vio nacer le ha suministrado las bases de su reputación, le ha descubierto todos los recónditos secretos de su origen, le ha contado cuántas transformaciones ha sufrido desde que se llamó *Majerit*, le ha dado noticia de todos sus edificios, desde el palacio de los Concejos hasta el barracón de Bellas Artes? No hay más que abrir el bello libro titulado *El antiguo Madrid* para comprender que la ciudad de los tres Felipes y don Ramón Mesonero Romanos son tan amigos, como pueden serlo el lienzo y el pintor, el pentagrama y el músico.

Emilia Pardo Bazán.- Aquel distinguido madrileño no sólo ha hecho un estudio profundo de la geología, digámoslo así, de su querida villa: no sólo ha desentrañado el oscuro plano de su antigua configuración, no sólo ha demarcado hábilmente los progresos del caserío, de las calles, de las plazas, sino que también ha pintado sus costumbres con extraordinaria exactitud.

Galdós.- Él ha penetrado en la taberna, en el garito, en la casa de *Tócame Roque*, y ha fijado su delicadísima observación en el extraño mobiliario, en los personajes y en los diálogos, que dan vida escénica y actividad dramática a este gran Teatro. Él también ha estudiado las lúgubres tramitaciones del entierro, los cómicos incidentes de la boda y las fastidiosas fórmulas de la visita de pésame y la visita de días: ha ido a paseo los domingos tras una falange de criadas a las llanuras de Chamartín, y ha sido testigo de los lentos progresos que ha hecho el paseo en la villa del oso. Si recuerdan nuestros lectores el magnífico artículo titulado: Fisonomía del año 25, verán que paseó con el fraile y el aristócrata en la carretera de Francia, paseó con el guarda de Corps y la manola en el antiguo Prado.

Emilia Pardo Bazán.- Después la sociedad ha cambiado y los paseos también: el *Curioso parlante* ha visitado Atocha, el Retiro, la Castellana y últimamente, Recoletos. Allí se le ve por las tardes dirigiendo a través de sus anteojos miradas penetrantes hacia las turbas de desocupados que a su lado van pasando.

Galdós.- ¿Cómo no ha de sorprendernos agradablemente ver a Mesonero en las calles y paseos de Madrid? Un cuadro inmenso nos presenta la villa, y el autor se nos aparece en ese mismo cuadro. Nos hace el efecto del rostro de Velázquez en el cuadro de las *Meninas*. ¿No se experimenta un gran placer al ver al artista junto a la obra? Pues nosotros, al tropezar con el *Curioso parlante* en la Puerta del Sol, en la Carrera de San Jerónimo, o en el paseo de Recoletos, nos paramos junto a él, porque nos parece ver al pintor junto al cuadro, o al músico dirigiendo su sinfonía. El autor se encarna en la obra, y ésta nos ofrece la fisonomía moral de aquél. En el caso presente tenemos al autor dentro de la

obra; tenemos al sujeto confundido en las múltiples y variadas manifestaciones del objeto. Por eso tenemos un rato de placer cuando nos encontramos en la calle con el ilustre académico, que nos inspira la más viva simpatía por su ingenio y por su carácter, que deducimos de su estilo.

Emilia Pardo Bazán.- Vamos que sentía usted devoción por Mesonero, entonces y ahora. Yo también. Y volviendo al tema recalcitrante ¿Qué vida hacía usted entonces, de estudiante, según llegó a esta villa?

Galdós.- La de estudiante vago. Me gustaba mucho el Teatro Real, que era el que más frecuentaba. Trasnocaba y hacía vida de Café: el Universal, donde entonces se reunían los canarios, solía ir mucho...por entonces, no pensaba aún en escribir. Leer, eso sí.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Y la vocación de dónde partió?

Galdós.- Como ya dije, fui a París y por aquellos *quais* compré las obras completas de Balzac, a franco el tomo, una edición muy bonita que conservo en Santander. Entonces empecé a sentir con verdadera fuerza la vocación de novelista. Balzac y Dickens fueron los que más influyeron en mí. Sepa usted que traduje el *Picwick* de Dickens, siendo con ello el primero en dar a conocer a Dickens en España. Lo traduje para el periódico progresista *La Nación*.

Emilia Pardo Bazán.- Cuento, cuénteme que esta parte tan periodística de usted me interesa en suma.

Galdós.- El propietario de *La Nación* era un señor...¿cómo se llamaba? El caso es que parece que lo estoy viendo. ¿pero cómo no me acuerdo? Era uno de los muchos que entonces tenían gran nombre y luego han sido olvidados injustamente. Característico de nuestro país. Después de la Revolución lo emplearon en un Ministerio...el periódico estaba en, yo me acuerdo siempre de los lugares aunque no recuerde los nombres...estaba ese periódico en la calle de la Independencia, cerca del teatro; luego, en la calle de Fortuni. Para este periódico escribí de teatros, de música, escribí por entonces algunas piezas de teatro, muy malas. Pero esto también lo he contado en mis *Memorias*, mi querida señorita.

Emilia Pardo Bazán.- ¿No recuerda usted ningún argumento de ellas, ni conserva ningún manuscrito?

Galdós.- No, creo que no conservo nada...también escribí bastantes tonterías en un estilo altisonante y ampuloso. Estaba en moda entonces.

Emilia Pardo Bazán.- Por lo que intuyo, ¿Le daba tiempo a todo no?

Galdós.- En el 68 volví a París. Allí vi la parada de Napoleón III y a Guillermo de Prusia...y me pasaba ratos enteros paseando por las Tullerías cuando ardían en fiestas. Me gustaban los relumbrones de lujo. Por aquel entonces había empezado *La Fontana de Oro*, mi primera novela.

Emilia Pardo Bazán.- Claro, entre su sapiencia sobre la obra de Mesonero y de Fíguro, qué se podía esperar, pero seguro que hubo algo más, ¿Qué le empujó?

Galdós.- Nada, me propuse hacer una novela histórica. Como ya había traducido el *Pickwick*, como digo pero me interesaba más *La Fontana*. La cuestión es que en aquel viaje y al entrar a España lo hicimos por Perpignan. Estuve en Gerona, que la reconocería ahora sin pensar que había de escribir el Episodio Nacional que lleva su título. Sin embargo, tenía no sé qué aquella ciudad. En su recorrido sentí yo algo que hacía que me fijara en todo, que observara todo más que en ninguna de las poblaciones que había visitado. Para mi *Episodio* me valí de un muchacho geronés que conocí en el casco viejo: él con un lápiz en un papel me fue trazando el recorrido de las calles, y yo las iba recordando ante el plano mejor construido... de Gerona fuimos a Barcelona. Por allí el Conde de Cheste paseando toda la fanfarronería de los mozos de escuadra el 26 de septiembre. De la Junta revolucionaria formaba parte Núñez de Arce, que luego fue nombrado gobernador.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Le conocía usted?

Galdós.- No, mi familia, asustada por los sucesos que se desarrollaron, tomó un vapor para Canarias. Yo me quedé en Alicante desde donde vine a Madrid y vi la entrada triunfal de Serrano y el paso de Prim por la puerta del Sol. Yo no he visto una manifestación tan grandiosa como aquella del coche de Prim que detrás iba en otro el gran Tamberlick cantando el himno de Garibaldi, y el pueblo estaba loco de entusiasmo.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Y seguía usted escribiendo en *La Nación*?

Galdós.- Sí.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Y cobraba usted sus artículos?

Galdós.- No, pero conseguí que me pagasen el viaje a Zaragoza, donde se celebraba una exposición a la que se había invitado a Prim, Serrano y Topete. Se formó un tren especial y fui con Emilio Nieto y Alberto Araus. El viaje fue una juerga continua...en la Estación de Sigüenza hicieron parar el tren...parece ser que pasaba de largo y lo hicieron parar. Al frente de la gente que cantaba el Himno de Riego salió el obispo, que era paisano de Serrano y el general y el

obispo se abrazaron y las campanas se alzaron al vuelo...y se pronunciaron discursos...Todo sirve en la vida, señorita.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Quién era ese obispo?

Galdós.- Benavides, que luego fue patriarca de Indias y arzobispo de Zaragoza. En Zaragoza se dio una función de gala en honor de Serrano, Prim y Topete. Hubo jotas y versos alusivos. Núñez de Arce improvisó una copla que no recuerdo ahora: venía a decir una cosa como: que los reyes que salen a tiros suelen volver, pero que los que salen a escobazos, no. En el viaje de regreso presencié un hecho histórico notable. En la Estación de Guadalajara estuvieron Olózaga y Martos. Y eso no me lo podrá negar nadie porque lo vi yo. En el *restaurant* también hubo discursos. Martos hizo allí sus primeras manifestaciones monárquicas y él y Olózaga se abrazaron. Olózaga iba hecho un curso, un mamarracho, con una gorrilla ridícula...¡Ah! Araus pronunció un discurso tremebundo en el *restaurant*, poniendo de vuelta y media a Cheste...así poco a poco fue naciendo en mi la afición a escribir novelas históricas.

Emilia Pardo Bazán.- Por supuesto, querido amigo, todo tiene un porqué en el germen de la creación.

Galdós.- Aunque sin ocurrírseme escalonarlas por series. Aquellos sucesos me recordaban otros que ya habían pasado a la Historia. Yo aunque muy metido en toda aquella bullanga, observaba con atención todos aquellos episodios....El 69 volví a Madrid. Había ya muerto *La Nación* y existía *Las Cortes* donde escribía Castro y Blanch. Yo asistí a todas las sesiones de las Constituyentes e hice los extractos de ellas para un periódico...

Emilia Pardo Bazán.- Muy curioso eso, maestro. ¿Usted en la tribuna de la Prensa del Congreso haciendo los extractos?

Galdós.- Sí señor y con mucha aflicción.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Cuándo imprimió su primera novela...*La Fontana*?

Galdós.- En el 69. *La Fontana de Oro* en los talleres tipográficos de Don José Noguera, el dueño de la célebre quinta de los desafíos...hace tiempo que no le he visto. ¡Pobrecillo! Está ciego. Tengo que ir a verle en cuanto pueda hacer una escapada...tenía su imprenta en la calle de los Bordadores...Aunque *La Fontana* lleva fecha del 70, se imprimió en el 69. Se le puso la otra fecha porque se creyó que tardaría más en salir a la calle y salió a fines del mismo año...me acuerdo de la muerte de Prim el 30 de diciembre de 1870 y de la entrada de don Amadeo el 2 de enero de 1871. Por entonces escribí en *El Debate* de Albareda, de quien fui muy amigo y allí conocí a Ferreras, con quien tuve una amistad íntima, como

con Núñez de Arce, con Correa, con López Guijarro, con Valera...En la calle de Trajineros, donde estaba la redacción, nos reuníamos asiduamente y se pasaban muchos ratos...

Emilia Pardo Bazán.- Entonces aún hacía usted vida de café y de buroe...

Galdós.- Sí señora.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Y tuvo usted aventuras galantes? ¿Por qué no se ha casado?

Galdós.- ¡Hombre, no pregunte usted eso! Que ¿porqué no me casé? Este es un aspecto de mi vida que no tiene nada de interesante. Nunca sentí la necesidad de casarme, ni yo puse empeño en ello.

Emilia Pardo Bazán.- Pero don Benito, yo no quiero que me diga usted el nombre de las pecadoras sino los pecadillos, por lo que unas y otros hayan influido en su obra. Veo que usted se azora con este tipo de preguntas que no hay quien le arranque confesión alguna. Y entonces ¿por qué tiene usted fama de amores (algo sonrojada) con Emilia Pardo Bazán, Concha Morell, Lorenza Cobián, Sofía Casanova, Teodosia Gandarias...muchas, miles?

Galdós.- Eso es absurdo. Yo guardo celosamente mi vida privada, siempre lo he hecho, aunque luego las generaciones que vengan escudriñarán sobre mi, escribirán falsas biografías, datos que no tendrán sentido.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Cómo es eso?

Galdós.- El compromiso de un escritor, que también es un intelectual es muy duro. Una cosa es lo que yo soy y otra diferente lo que esperan de mi, lo que quieren que yo sea. Nunca se corresponde y me parece un acto de ignorancia enorme.

Emilia Pardo Bazán.- Entonces, ¿usted qué quería?

Galdós.- Lo que cualquier escritor, que lectores y estudiosos entiendan mi obra, se comprometan, disfruten. ¿Ha visto usted que Alas Clarín hable de si me he entendido ayer con una mujer u otra cuando habla de mis obras? Por supuesto que no.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Entonces?

Galdós.- Pues esa es una manía de algunos sabiondos: estudiar el día a día de un escritor en lugar de estudiar verdaderamente y en profundidad su obra, sin

profanar el *yo* del escritor. Al final es una cuestión de profesionalidad. Lo que vive un escritor es exclusivo para entender su obra, no por frivolidad, sino por sí ayuda.

Emilia Pardo Bazán.- Pero no negará que la obra de un autor es una consecuencia de lo que es, de su vida, de lo que le sucede.

Galdós.- Bueno, sobre eso habría mucho que discutir. Por supuesto, si yo soy republicano se puede esperar que mi obra o que algunas de mis obras sean una propagación de esas ideas. Digo se podría esperar. Usted conoce algunas obras mías donde “puedo llegar a hablar bien” de una Reina, o de un sacerdote, por ejemplo, por lo tanto, no siempre es así.

Emilia Pardo Bazán.- El sentido biográfico es también de profunda importancia.

Galdós.- Eso es especulación, si Juanito Santa Cruz es un calco de mi personalidad o que tal o cual es la prolongación de personas, de mi madre (*Doña perfecta*) y tantas cosas. Es absurdo. Y sobre todo ¿qué utilidad tiene? Lo que importa es el resultado de la obra. En eso estamos todos de acuerdo, la obra, el conjunto, y si para ello el autor ha ido y ha vuelto, pues muy bien.

Emilia Pardo Bazán.- Clarín quiso –si no recuerdo mal- escribir una semblanza sobre su persona, creo que lo consiguió pero, dígame usted.

Galdós.- Ya le dije que la cuestión de los datos biográficos me tenía preocupado. ¿Qué datos le voy a dar? Le dije, No se me ocurre nada. Debo decirle –añadí- que siento cierta repugnancia a entregar al público la vida privada. Nunca me han gustado *las entrevistas* ni la intrusión de los *reporters* en el hogar doméstico. Me parece a mí que los escritores, valgan lo que valieren, deben poner entre su persona y el vulgo o público como una pequeña muralla de la China, honesta y respetuosa. Le aseguro a usted que siempre, en toda mi vida he tenido una repugnancia instintiva a la familiaridad (como no sea con una Emilia Pardo Bazán guapa).

Emilia Pardo Bazán.- Vaya con don Benito.

Galdós.- Las confianzas con el público me revientan. No me puedo convencer de que le importe a nadie que yo prefiera la sopa de arroz a la de fideos. Lo único que podría interesar algo es el sentir y el pensar de un autor cualquiera en asuntos de interés general, o de arte. Sí, sobre esto le he de decir algo –añadí a mi colega Leopoldo- habría materia quizás y materia inédita. Si sólo quiere usted datos propiamente biográficos, creo que serán tan desaboridos los que pueda darle que más vale que me los guarde. Además, usted, lo que puede decir,

usted lo sabe, usted sabe que en mis verdes primaveras jamás me sedujo la poesía ni la versificación. No recuerdo haber tenido ninguna flaqueza versificante. El teatro sí me gustaba, y aun me entusiasma. Aún hoy, quizás por lo poco que voy al teatro, cuando voy, cualquier drama estúpido, me produce una emoción viva, propiamente infantil. Yo también cultivé el teatro, y aun me atrevo a asegurar que una de las cosas que hice no dejaba de tener su intrínquis y algo de esa estructura convencional y de esa mecánica que contribuye al éxito de las obras dramáticas, según el canon que ha venido prevaleciendo de Calderón acá y que me parece que está mandado retirar.

Emilia Pardo Bazán.- Sí, es posible que el público futuro no reconozca como merece su trabajo en el teatro, lo que no es tampoco de extrañar en este país donde sólo se cultiva *el ultimismo*, sí lo que yo llamo *ser del último que llega*. Que nos olvidamos rápidamente de los éxitos cuando el protagonista está de baja.

Galdós.- Me parece a mí que no hay dificultad seria para construir esas carpinterías ingeniosas, y que los ensamblajes, ingleses y enclavados que dan el resultado de un éxito teatral, pueden obtenerse por medio de recetas o módulos (como los de los maestros de carpintería de lo blanco que no sabían geometría) y en suma que no es ningún arco de iglesia hacer una obra dramática, aceptable y aun algo más. De todos los dramáticos que ha habido en el mundo, Shakespeare es el único que no se muestra carpintero. Por eso es el verdaderamente grande, el único. Él solo construye una rama del arte, sin precedente ni consecuencia. En fin, no quiero seguir; porque me parece que estoy disparatando, y que usted se reirá de mí.

Emilia Pardo Bazán.- Lo que comen y cómo lo comen los grandes hombres debe ser materia para encuestar siempre, según aprendí en los clásicos de la *interview* biográfica, en aquellos que preguntaban al entrevistado cuáles eran su color, su flor y su pintor predilectos. ¿Aficiones?

Galdós.- Pues el campo, los viajes, el arte en todos sus aspectos.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Dónde me llevaría usted ahora mismo a almorzar?

Galdós.- Voy a llevarle a usted a un *restaurant* del cual soy un buen parroquiano y donde nos servirán bien.

Cambia la escena al salón de un *restaurant*

Voces en off: buenas tardes, don Benito...don Benito, buenas tardes...y compañía, don Benito por aquí, aquí estarán mejor...por favor, señora aquí...se escuchan murmullos, más voces de reconocimiento al gran

autor de las letras hispánicas. ¡Ese es Galdós! ¡Ese es Galdós! La escena permanece congelada

Galdós.- ¿Qué va usted a comer?

Emilia Pardo Bazán.- Lo que usted...ya sabe...es por lo de las aficiones gastronómicas de los grandes. ¿Bebe usted vino?

Galdós.- Sí, pero no lo bebo casi nunca. Y si bebo es muy poco. Tráiga un arroz a la marinera, unas chuletas empanadas de cordero y queso y dulce. Si usted quiere algo más, pídale, no vaya usted a decir que yo mato de hambre a mis amigos, contertulios o secretarios.

Emilia Pardo Bazán.- Pero ¿le gusta el dulce verdad?

Galdós.- Muchísimo, sin embargo, ahora podrá ver cómo tomo el café sin azúcar. Me gusta el lúpulo, la cerveza mucho, me gusta mucho.

Emilia Pardo Bazán.- Vamos que usted tiene unos buenos hábitos y por eso está *hecho un pichi* a su edad. La verdad es que no sé cómo puede conservar esa fortaleza. ¿Qué higiene ha guardado usted para conservar esta salud y esta fuerza de titán?

Galdós.- Pues...no lo sé. Usted ha conocido parte de mi vida, de mis aficiones, de mi intimidad...pero eso no lo ponga. Como no sea el haber viajado con frecuencia, el haber sido metódico, el no haber trasnochado y no haber hecho vida de depravación...¡qué se yo!

Emilia Pardo Bazán.- ¿Y la higiene intelectual?

Galdós.- Ninguna.

Emilia Pardo Bazán.- No lo creo. Conserva usted a su edad una memoria verdaderamente extraordinaria y la imaginación tan lozana y exuberante como un mozo.

Galdós.- Pues si he guardado alguna higiene no me he dado cuenta. Solo cuando he terminado una obra he procurado no pensar, durante un poco de tiempo, en lo que iba a hacer después.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Quién fue el primero que le elogió con más entusiasmo y le alentó y vaticinó lo que usted había de deslumbrar en la novela? Esto es

verdaderamente importante en la vida de todo escritor: el primero que cree en la obra de uno.

Galdós.- Pues ese gran hombre que habló de mi obra fue Núñez de Arce. Cuando publiqué *La Fontana de Oro* yo le trataba apenas. Me pidió un artículo para *El Debate* y me presentó a sus compañeros de redacción. Y además publicó un artículo dándome un bombo muy grande y que luego me sirvió de mucho. Le estoy a día de hoy muy agradecido, no crea.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Conserva usted ese artículo?

Galdós.- Conservo muchos...pero no los tengo aquí, mucho menos en este *restaurant*, los tengo en Santander. El año 73 publiqué *La Sombra* que es más bien un cuento... No vale nada...hacía entonces ya dos años que empezaba a dejar de trasnochar. Mi vocación se me declaraba con más fuerza cada vez. Era una manía, un vicio y no vivía ni paraba más que en novelista...

Emilia Pardo Bazán.- Una pregunta ¿Imprimió *La Fontana de Oro* por su cuenta?

Galdós.- Claro que sí como todas mis novelas. Yo he tenido dinero. En realidad yo no he luchado. No me ha faltado nunca el dinero para realizar mis sueños literarios ni los elogios para alentarme.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Habrán influido algo los elogios en lo grande de su calor?

Galdós.- No lo sé.

Emilia Pardo Bazán.- No, si lo digo porque así como hay hombres quienes enervan los elogios y encalabran y estimulan las censuras y los obstáculos, hay otros quienes les sucede lo contrario, a usted los elogios le daban vigor...

Galdós.- Es posible que esos elogios hayan influido en mi. Al menos, me han quitado preocupación...

Emilia Pardo Bazán.- Yo lo creo firmemente conforme lo voy tratando. Usted piensa lo mismo que Mill replicó a Bain cuando al hablarle de la energía declaraba que sus dos fuerzas esenciales eran o un vigor naturalmente superabundante o un estimulante capaz de sobreexcitarle.

Galdós.- Sí, pero no hay que exagerar mucho los efectos de la estimación pública. Muchas veces se la desprecia...

Emilia Pardo Bazán.- Y el año 73 ¿qué vida hizo usted?

Galdós.- ¿Y qué importa? En ese año abandoné definitivamente el periodismo y desaparecí del mundo social sin saber cómo ni porqué.

Emilia Pardo Bazán.- Tal vez a ese aislamiento se deba lo inmenso de su labor. Es la soledad la más fecunda colaboradora de la obra intelectual. Descartes, Spinoza, Darwin, Stuart, Mill, Renouvier, Spencer, Tolstoi, todos los grandes solitarios confiesan que a la soledad deben sus creaciones.

Galdós.- Sí, es verdad. La máxima *Ages Quod Ugis* debían llevarla grabada los jóvenes en el cerebro...No se puede dedicar la atención a varios asuntos a la vez. Newton descubrió la gravitación universal pensando en ella constante y únicamente. ¿Cuántos periodistas que son excelentes literatos podrían dejar obras admirables y definitivas si solo se dedicaran a la literatura?

Emilia Pardo Bazán.- Me quedo con estas últimas frases. Tiene razón no debemos dedicarnos a más de una cosa, con perseverancia y sin desmayos. Leibniz en su *Teodicea* llamaba a todos los que nos dedicamos a distintas ocupaciones *espíritus de mosca*, que no sacamos el fruto que se debe sacar de nuestro trabajo, y Tenelm en *L'education de filles* nos comparaba con una vela encendida al aire libre y expuesta a los cuatro vientos...Si nuestra actividad no se aplica a una sola cosa, revolotea de objeto en objeto y resulta peor que la misma ociosidad, porque una agitación de esta índole por su esterilidad, acaba por hacer desagradable el trabajo y sustituye la intensa alegría de la obra que avanza por el malestar, aturdimiento y descorazonamiento causados por las múltiples tareas sin terminar. San Francisco de Sales en el *Tratado del amor de Dios* dice: “es necesario no seguir varios ejercicios a la vez y al mismo tiempo, pues con frecuencia el enemigo trata de hacernos comprender y comenzar varios propósitos, a fin de que abrumados por demasiadas ocupaciones nada acabemos y lo dejemos todo imperfecto...algunas veces, hasta nos sugiere la voluntad el comienzo de alguna excelente obra, cuando prevé que no la terminaremos para disuadirnos de persuadir otra, menos sublime pero que hubiéramos terminado fácilmente...” ¿Por qué he soltado este chaparrón de citas? He recordado que no escribo estos artículos solo para entretenimiento de curiosos desocupados sino para enseñanza de gente moza, y me ha parecido mejor repetir lo que, dicho por mi cuenta, no tendría autoridad.

Galdós.- Y en el fondo -porqué no confesarlo- ha caído usted en la cuenta de que esta profesión de periodista que conozco muy cerca, nos vuelve muy semejantes a aquellos individuos que Marivaux en su novela *Vie de Marianne* comparaba con las personas que se pasan la vida asomadas a una ventana. Me han venido a la memoria muchos casos de grandes hombres que por condenación del destino o por flojera de voluntad, se dedicaron al periodismo y no brillaron en las regiones donde su inspiración les ofrecía un cetro.

Emilia Pardo Bazán.- Bueno don Benito, ¿querría usted contarme alguna aventura que le haya inspirado algo de toda su magna obra? ¿Qué influencia han ejercido las mujeres en sus obras?

Galdós.- ¡Hombre, otra vez, no pregunte usted esas cosas!

Emilia Pardo Bazán.- De modo que de la influencia de Pardo Bazán en la novela no quiere usted decir nada?

Galdós.- (*Permanece callado*). Ya hablaré sobre doña Emilia pero no ahora.

Emilia Pardo Bazán.- Si Galdós cree con Solón que la Emilia Pardo Bazán y la rosa son las cosas más perfectas que han salido de manos de los dioses, es muy posible también que piense como Carlyle, que el amor no es más que un entremés en el banquete de la vida... Dígame don Benito y desde aquellos principios *fontaneros*, ¿Qué es lo que piensa de las glorias literarias porque usted ha participado en más de una, ha querido homenajear a no pocos autores? Cómo es eso.

Galdós.- No es frecuente aquí y creo que en parte alguna rendir homenajes a las glorias patrias cuando aún no han sido arrebatadas por la muerte. Después de muertos, eso sí, los grandes hombres son glorificados con extraordinario énfasis y pompa oficial. Al llegar este caso, se desbordan los ditirambos y se cantan las alabanzas del difunto en todos los tonos. Se recuerda su vida toda, desde que estaba en la lactancia, se puntualizan sus primeros trabajos, sus tentativas en el arte o ciencia que cultivó, se enumeran sus obras, sin que ninguna se olvide, y se lanzan a los cuatro vientos sus méritos y virtudes. En una palabra, se le talla la figura en mármol, y se resume por anticipado la sentencia que ha de dar la posteridad. En cambio, mientras el grande hombre vive, la admiración enmudece, o por lo menos habla *sotto voce*.

Emilia Pardo Bazán.- Sin duda nos mueve a obrar así el respeto a la majestad viva; creemos ofender la modestia del grande hombre, o es que nos gusta tenerle por igual y pasar por encima de él y de todos, el nivel de la común modestia. Sea lo que quiera, es muy grato ver rota de tiempo en tiempo esta tradición de enaltecer a los vivos menos que a los muertos, o en otros términos, de esperar a que las personalidades culminantes del arte o la ciencia se mueran para proclamar su gloria.

Galdós.- ¿No es mucho más bello, más humano más consolador realizado ante el hombre vivo el aplauso espectacular, entusiasmado que ante el muerto? ¿Por qué han de mezclarse a nuestro entusiasmo y a nuestra admiración las tristezas del elogio fúnebre? Asociemos a nuestras alabanzas la vida, y demos a los

hombres que lo merecen la satisfacción inenarrable de asistir a su propia apoteosis y de escuchar el coro de aplausos de sus contemporáneos.

Emilia Pardo Bazán.- Imagino que de la decisión de ser novelista...surgen conflictos en nada meditados y que con la práctica y el énfasis de la profesión de escritor paulatinamente se superan, pero ¿cómo recuerda hoy dichos quehaceres en la primera novela *La Fontana de oro*?

Galdós.- Mire usted, el novelista aunque tenga la suerte de acertar, no se gana la reputación en una noche feliz, como el autor dramático que alcanza un éxito. El novelista necesita una dosis de paciencia que le convierte en el eterno Job de las letras, y como en la mayoría de los casos tiene que actuar de editor de sí mismo, necesita ser, además de Job pacientísimo, un héroe en toda regla. En aquel tiempo no había editores de novelas por tomo, y con los editores de novelas por entregas no quería yo, ni podía en modo alguno entenderme. Apechugué, pues con las dificultades de la magna empresa, y sin encomendarme a Dios ni al Diablo, eché al mundo *La Fontana de oro*, escrita y editada por mi. Naturalmente, el tomo cayó en las librerías como en un pozo: nadie conocía al autor, que hasta entonces sólo había fatigado las piernas colaborando anónimamente en este o el otro periódico.

Emilia Pardo Bazán.- La historia y la intrahistoria, gran debate que le llevó a discrepar desde un punto de vista epistemológico con Unamuno, por ejemplo. Además del empuje de Núñez de Arce, el trabajo de novelista es así. Con esta novela se abre lo que se entiende como la nueva novela contemporánea. *La Fontana de Oro* es como ya he dicho su primera novela, su primer esfuerzo de cambio. La acción transcurre en la ciudad de Madrid durante los años del Trienio Constitucional (1820 — 1823). Tomó su título del café situado cerca de la Puerta del Sol que, con ese mismo nombre, sirvió de lugar de reunión a artistas y tribuna oratoria para políticos liberales. Corriójame si me equivoco.

Galdós.- No se equivoca, señorita. En aquellos días le vuelvo a confirmar, yo trabajaba en *El Debate*, fundado por Albareda para defender la monarquía de don Amadeo, ahora sí me acuerdo de los nombres. Aparecieron los primeros números, si no estoy equivocado, en los últimos días de diciembre del 70, poco antes de la misteriosa muerte del general Prim. El trabajo era rudo, el periódico batallador, con todos los comedimientos de forma que sabía imponerle Albareda, hombre muy ducho en el periodismo, creador, además de *El Debate*, del *Contemporáneo* y de la *Revista de España*. Mire usted cómo ahora la memoria me va al dedillo.

Emilia Pardo Bazán.- En la novela, escrita entre 1867 y 1868, en parte durante un viaje a Francia poco después de la Revolución de Septiembre, se mezclan los hechos históricos reales, con los asuntos personales de los personajes creados

por usted, siguiendo una pauta de construcción literaria similar. O más que eso clara estructura precursora de la de los *Episodios Nacionales*, aunque con los defectos de toda obra primeriza, con su permiso. Comienza así: Durante los seis inolvidables años que mediaron entre 1814 y 1820, la villa de Madrid presencié muchos festejos oficiales con motivo de ciertos sucesos declarados *faustos* en la *Gaceta* de entonces. Se alzaban arcos de triunfo, se tendían colgaduras de damasco, salían a la calle las comunidades y cofradías con sus pendones al frente, y en todas las esquinas se ponían escudos y tarjetones, donde el poeta Arriaza estampaba sus pobres versos de circunstancias. En aquellas fiestas, el pueblo no se manifestaba, son como un convidado más, añadido a la lista de alcaldes, funcionarios, gentiles-hombres, frailes y generales; no era otra cosa que un espectador, cuyas pasivas funciones estaban previstas y señaladas en los artículos del programa, y desempeñaba como tal el papel que la etiqueta le prescribía. Las cosas pasaron de distinta manera en el período del 20 al 23 en que ocurrieron los sucesos que aquí referimos.

Galdós.- Como ya he dicho anteriormente, así lancé mi *Fontana de oro* con más temeridad que fe, y como nadie le decía ¡*qué bonitos ojos tienes!* El libro estaba *muerto de risa*, como solemos decir, en las librerías. Nunca pudo aplicarse mas propiamente a una obra literaria aquello de *No ha decir que la vende sino que la tiene allí*. No sé el tiempo que pasó en esta situación. Llegué a creer que no había escrito mi libro para el público, mejor dicho, que no había público ni cosa que tal valiera, y que las obras literarias se escribían para una docena de amigos, que por lo común las encontraban muy buenas. Pero una mañana, cuando ya consideraba yo a la tal *Fontana* como cosa perdida, y no sentía malditas ganas de repetir el ensayo, me vi sorprendido por un artículo inserto en la cuarta plana del mismo periódico en que hacía mis primeras armas. Era una carta dirigida al autor de la olvidada novela, y llevaba la firma de Núñez de Arce, el cual, aunque aún no había escrito los *Gritos del combate*, ni *El haz de leña*, ni el *Idilio*, gozaba de gran autoridad en la república de las letras.

Bien se comprenderá mi asombro, y la vivísima emoción que sentí al ver que una eminencia, pues Núñez de Arce lo era o estaba a punto de serlo, hablaba al público de la obra de un desconocido, y la encomiaba, y alentaba al autor a seguir trabajando. Parecióme que se me abrían las puertas del cielo, y que la vida literaria érame camino festoneado de rosas, llano, fácil, sin ningún obstáculo. Lo que agradecí esto al buen amigo y maestro no hay para qué decirlo. Su generosa ayuda dio a *La Fontana* lo que no tenía, lectores, todo el público posible en aquellos tiempos, que eran mucho peores que los presentes, dígame lo que se quiera, en esto de la venta y lectura de libros de amena literatura.

Emilia Pardo Bazán.- ¡Grande! Núñez de Arce e inolvidable en su biografía. Sin duda una ayuda como esa corona a un escritor, invita a que los lectores le conozcan. Pero habría algunos más, seguro.

Galdós.- Siento verdadero orgullo en decir, veintitantos años después de aquel suceso, que a mi solo interesa, que don Gaspar fue quien me apadrinó al aparecer solito y sin amparo en la vida literaria, quien me *sacó de pila*, como si dijéramos. Él dijo por primera vez al público que yo era un alumno aplicado, que podía hacer algo cuando me aplicara más. Después de aquella paternal acogida, hube de agradecer también a don Eugenio de Ochoa, académico, escritor distinguidísimo, manifestaciones semejantes. Pero el que *me trajo las gallinas* fue Núñez de Arce, y por esto le pondría siempre sobre mi cabeza, aunque no fuera quien es, el admirable poeta y literato insigne. Muchos y ardientes admiradores tiene en España don Gaspar; muchos concurren con cariñosa efusión a estrechar su mano en aquella noche memorable, pero ninguno fue mas convencido ni mas entusiasta; por llevar, además del homenaje de admiración, el de un sagrado deber tan fácilmente cumplido. Por eso, como usted sabe he homenajeado a este insigne grande de nuestras letras.

Emilia Pardo Bazán.- ¿Y los distintos finales de *La Fontana*? Recordemos que *La Fontana*, mezclando lo imaginario y lo histórico, explica unos meses del período que va de 1820 a 1823, y narra al mismo tiempo las dichas y las desdichas de dos enamorados, Lázaro y Clara: Lázaro, joven liberal -cuyo tío, el conspirador Coletilla, se consagra a realizar los crímenes que planea Fernando VII-, y Clara, huérfana inocente, que se encuentra bajo la custodia de Coletilla y de las Porraño -tres mujeres reaccionarias y fanáticas-. En las dos versiones termina la novela con una conspiración absolutista que se malogra por la intervención de Lázaro, y a la vez con el fracaso de los ideales políticos del joven. En la primera versión, sin embargo, los amantes huyen a un pueblecito de Aragón, en donde se casan y viven con mucha felicidad y muchos hijos. En la segunda versión varía el desenlace: los jóvenes son sorprendidos en su huida, y los esbirros de Coletilla asesinan a Lázaro; Clara muere de dolor cuatro días más tarde.

Galdós.- En efecto, mis dudas a cerca de los gustos naturalistas del público suscitaron en su momento no pocas interrogantes en este sentido con todas las ediciones que se llegaron a imprimir, final desgraciado, frente a final feliz. En la primera concluye con la muerte de la pareja de enamorados como consecuencia de la ira absolutista que se desata contra ellos después de que Lázaro consigue abortar la conspiración que pretendía asesinar a los principales defensores del liberalismo en 1821. En estas tres últimas ediciones la novela, pues se hicieron diversas y traducidas a varios idiomas, ofrecí un desenlace muy diferente del anterior: Clara y Lázaro consiguen burlar con la ayuda de Bozmediano el cerco absolutista y huyen a Ateca, el pueblo natal del muchacho. Allí se casan, tienen hijos y llevan una vida feliz y productiva al margen de toda veleidad política.

Emilia Pardo Bazán.- Al llegar a este punto de nuestra historia (el de la huida de los amantes), el autor -¿o me equivoco?- se ve en el caso de interrumpirla

para hacer una advertencia importante. Había escrito la conclusión y desenlace del modo más natural y lógico, creyendo que era buen fin de jornada para aquellos amantes, el casarse después de tantas amargas y vivir en paz, y mucha felicidad y muchos hijos. Esto, en su entender, se avenía mejor que nada a las condiciones artísticas que quiso dar a su libro. Pero desgraciadamente la colaboración de un testigo presencial de los hechos que vamos refiriendo, le obligó a desviarse de este buen propósito dando a la historia el fin que realmente tuvo. Mucho tiempo estuvo dudando si terminar el libro con un desenlace hecho a su antojo, o hacerse esclavo de la verdad histórica hasta el punto de dar cima a su trabajo con la narración de un hecho en extremo desagradable (me refiero, claro está, a la muerte de Lázaro y Clara, con la que, en efecto, terminará ahora la novela). La colaboración a que aludo es la de Bozmediano, a quien se deben todos los datos de *La Fontana*; el cual, habiéndose enterado del desenlace que ya estaba escrito, manifestó gran empeño en que no se alterase la verdad, ofreciéndose de paso a dar un apunte algo detallado del inesperado fin que tuvieron aquellos infelices amantes; que amantes habían de ser, para no tener dicha en este mundo.

Galdós.- Gran repugnancia me costó aceptar el plan de Bozmediano, aunque era el hecho tal como sucedió; pero al fin, por complacerle, me decidí a incluirlo en el libro, rasgando el que antes había yo compuesto, imaginado a mi antojo, y conforme a lo que parecía más lógico y artístico.

Para llenar estos vacíos de mi relato, evoco mi memoria y le hablo de esta manera: «Memoria mía, mi amada memoria, cuéntame por Dios mis actos en aquella época de somnolencia». La memoria refunfuña, se despereza y me contesta: Tontín, ¿has olvidado que escribías articulejos de política en *La Revista de España*, nueva creación de Albareda? ¿Tan aturdido estás que no te acuerdas de que en *La Revista de España* publicaste tu segunda novela *El audaz* y que al propio tiempo imprimías en la imprenta de Noguera *La Fontana de Oro*? Diciendo esto, mi memoria inclinó la cabeza sobre el pecho quedando aletargada y muda. Y yo me dije: Pues lucido estoy ahora; apagada la luz de mi mente, me entrego a un sueño profundo. En mis oídos zumbaba el ruido de las Constituyentes, palabras desgranadas del famoso discurso de Castelar contra Manterola, cláusulas de Figueras, apóstrofes de Fernando Garrido, de Paul y Angulo, estridencias lejanas de gritos y aplausos, y, por último, estruendo de trabucazos... Mi memoria despierta con sacudimiento convulsivo y exclama: «Menguado, despabilate, ¡han matado a Prim!» Ante mis ojos, deslumbrados por una terrible realidad, desfila el cadáver de Prim.

Los niños despiertan viva simpatía en Galdós. Siempre ha tenido amiguitos con los que conversaba a diario largos ratos. Ahora tiene uno que se llama Alfonso, de trece años de edad, hijo de la portera de la casa de la calle de Alberto Aguilera donde vivió unos años don Benito. Todos los días acude este pequeñuelo al hotel de don Benito, para charlar un rato con el maestro. Con mucha frecuencia le pregunta Galdós su opinión sobre diversas cosas, y escucha

los razonamientos de Alfonsito con cariñosa atención. Verdad es que el pequeñuelo merece esas distinciones por su afición al estudio, su constancia en el trabajo y su despierta inteligencia. La instrucción primaria la ha cursado con extraordinaria aplicación. Luisito Cadalso es un personaje donde Galdós proyectó su experiencia con aquel niño.

